

# HUBIERA O...

# LA VANGUARDIA

## UNIVERSO VISIBLE

# EL PUEBLO LLANO ESTA ASOMBRADO

¿QUE ocurre en nuestro país? El pueblo llano está asombrado. El pueblo llano vivía a su aire, aletargada la mente, sabiendo que mañana iba a ser igual que anteaer. Se había acostumbrado a los hijos, al trabajo, al corazón uniformado, a las quinielas. De vez en cuando, un pequeño sobresalto: el inspector Colombo en la televisión, la llegada de los turistas, un lanzamiento desde Cabo Cañaveral, la súbita aparición de las melenas... Luego, vuelta a la barra del bar. Hubiérase dicho que la costumbre de ciertos municipios franceses, en los que la policía prohíbe tocar la trompeta cerca de los cementerios, se había impuesto, con rango de ley, a todo el territorio. En este sentido España era un cementerio, y ningún miembro del pueblo llano se hubiera atrevido a despertar con música ni a los muertos ni a los sepultureros.

De pronto, tuvo lugar un acontecimiento histórico —la sucesión en la Jefatura del Estado—, y ello produjo, entre otras muchas cosas, un estremecimiento en los carnets de identidad. En efecto, los hombres y las mujeres contemplaron sus carnets y descubrieron —primer asombro— que los nombres propios y los apellidos que en ellos figuraban les pertenecían. «¡Fijate, tú, yo me llamo Juan!». «¡Y yo me llamo Rogelio!». «¡Y yo me llamo Dolores Gómez García, para lo que gustéis mandar!». Fue un cosquilleo infantil, sorprendentemente agradable. Un pequeño detalle agitó la flesta: la mayoría de los miembros del pueblo llano parecían, en las fotos-carnet, delincuentes, quinquis recién salidos de la cárcel. «¿De verdad tengo yo esa cara?». «Ni hablar. Eso es culpa del Fotomatón, que estaba escacharrado...».

El segundo asombro provino de un comentario. Unas pocas palabras que, como al desgaire, se propalaron por los barrios y las fábricas. «Ahora que ya conocéis vuestros nombres, debéis saber que, si lográis uniros —juntar cien o doscientos carnets—, constituiréis una fuerza». «¿Una fuerza?». «Sí...». La reacción fue un tanto lenta. «Pero, ¿qué vamos a hacer con ella?». «¡Yo qué sé! A lo mejor pedir algo, que os haga falta». «¿Estás seguro?». Los oradores de turno —los que levantaron la liebre—, eran hombres de aspecto más avisado que el resto, tal vez con alguna que otra cicatriz en la piel.

El tercer asombro le llegó al pueblo llano a través de la prensa y de la radio. El pueblo llano estaba convencido de que España era un país en plena expansión, cada día más hermoso y más limpio. Así se lo habían garantizado durante años el NO-DO y demás medios informativos, aparte de aquellos caballeros —tecnócratas les llamaban— que en momentos-clave estuvieron en el poder, que llevaban trajes benditos y bien forrados, que barajaban cifras en varios idiomas y que parecían ofidios puestos en pie.

Pues bien, inopinadamente, la prensa y la radio empezaron a decir que no había tal, que la realidad de la nación era mucho menos faústica o heidiana, y que el progreso conseguido, incluidos los planes de desarrollo, presentaba muchas lagunas.

sin contar con que en algunos aspectos el precio pagado por él había sido muy alzado, especialmente —¿cómo era posible?— en valores espirituales.

Como fuere, el pueblo llano, de la noche a la mañana leyó y escuchó afirmaciones parecidas a estas: «En Castilla está todo por hacer». «Andalucía ha sido desde 1939 una especie de hermana desamparada». «En Asturias hay más color negro en los hogares que en las minas». «Cataluña está harta de promesas incumplidas». «Aragón tiene sed». «Canarias recibe menos del cinco por ciento de lo que da». «El presupuesto para la investigación figura entre los más bajos de Europa». «En muchas provincias el censo de escolarización es risible y si no se construyen con urgencia medio millón de viviendas habrá que improvisar campamentos como los que utilizó Hassan II a raíz de la Marcha Verde»; etcétera.

Las estadísticas habían sido deformadas. Eran muy pocas las que se avenían con la verdad, empezando por las de los enfermos mentales y los suicidas y terminando por las que se referían a la prostitución, la delincuencia juvenil y la distribución de la riqueza. Se supo que el número de obreros en paro era muy crecido, aunque incomparablemente inferior al número de pesetas —miles de millones— que en los últimos meses se habían fugado a Suiza, Marruecos y América. Se supo que el sueldo mensual de muchos cabezas de familia, incluidas profesiones tan arriesgadas como la de bombero, sólo alcanzaba para el desayuno, el casco y la ropa interior. Las fábricas y el turismo habían chupado la mano de obra de muchas zonas rurales, por lo que el campo, aquí y allá, presentaba un aspecto de abandono difícilmente remediable. Pese a ciertos espejismos como el de Madrid, capital del reino, varias áreas industriales y el boom de la franja costera —hoteles, mar azul, carne tolerada—, casi la décima parte de la población (unos tres millones de españoles) había emigrado, intercambiando nostalgia por divisas y evitando con ello un colapso laboral en el interior del país.

El pueblo llano fruncía el ceño porque quienes le facilitaban tales informes no eran «enanos» subversivos sino los organismos expertos, y, en muchos casos, las autoridades responsables de ese o aquel sector, especialmente, los gobernadores civiles, los presidentes de Diputación, los alcaldes. «¿Has oído? El propio gobernador ha denunciado que su provincia es víctima de intolerables monopolios y que toda la cosecha olivarera continúa perteneciendo a un par de terratenientes». La pregunta era obvia: ¿por qué dichos mandatarios se habían callado hasta ese momento? ¿Qué les indujo al silencio? «A lo mejor se habían cansado de reclamar en los Ministerios y nadie les hacía caso...». «Pues yo opino que la culpa la tienen los telegramas de adhesión incondicional —¿por qué "incondicional"?— que ellos mismos enviaban a Madrid».

Un dato parecía revelador, y era acogido con entusiasmo por

el pasmado pueblo llano: las deficiencias se ponían singularmente de manifiesto en aquellas zonas que los Reyes visitaban. En efecto, apenas don Juan Carlos I hacía acto de presencia en el lugar, las autoridades, repentinamente poseídas de un irreprimible anhelo de justicia, se disputaban el honor de recitarle al monarca la lista de peticiones acuciantes, «de las que dependía la vida o la muerte de sus gobernados». ¿La vida o la muerte? No había exageración, pues a menudo tales peticiones se referían a lo más elemental: pan, agua, jubilación mínima, bancos para tomar el sol, una Casa de Maternidad, alguna industria nueva que creara unos cuantos puestos de trabajo...

El cuarto asombro —en realidad, el más justificado— le llegó al pueblo llano en el terreno de los principios, de los inamovibles principios ideológicos. Una serie de actitudes mentales y de postulados de convivencia —partidos políticos, sufragio universal, derecho de huelga, sindicatos libres, etcétera—, habían sido borrados del país, y por el sólo hecho de defenderlos muchos ciudadanos habían sido perseguidos, procesados, condenados a penas de variada cuantía y parecidos con los reos comunes. La democracia, por no estimar indispensable la mano dura —el dedo singular— para mantener la unidad y el orden, era «intrínsecamente perversa», sinónimo de corrupción y a la larga desembocaría en la desintegración y el fracaso.

De pronto, el pueblo llano escuchó todo lo contrario. No sólo el pluralismo era elogiado, sino que la meta deseada para España era equipararse —homologarse— con los gobiernos occidentales situados fuera de la órbita rusa y que ejercían la democracia. El «poder personal» quedaba atrás, y se iniciaba una nueva etapa comunitaria, en la que quedarían garantizadas las libertades inherentes al hombre civilizado, al hombre que ha alcanzado la mayoría de edad. «¿Has oído, Juan?». «¿Has oído, Rogelio?». «Sí, claro... Parece que ha llegado la hora de que juntemos los carnets».

El pueblo llano está asombrado. ¿Qué ha ocurrido, qué ocurre, en el país? Hay forcejeos, tira y afloja, los telediarios siguen siendo rosa, circulan los «jeeps», se prohíben canciones y cosas, extraños seres acampan en el monte y tiran a dar en pleno Via Crucis, los hechos contradicen a las palabras y algunas madrugadas el futuro se tiñe de incertidumbre. Sin embargo, las puertas de las cárceles no sólo se cierran, también se abren. Y un calendario de promesas —promesas formales— ha sido lanzado a la calle. Y retornan los exiliados. Y se denuncian asuntos, hasta ahora «materia reservada». Diríase que el hombre del pueblo llano puede ya decir, con Gautier: «Ahora ya existe para mí el universo visible». Diríase que en muchos municipios de España los policías, por cuenta propia, han decidido darle permiso a la gente para que toque la trompeta, prescindiendo de si cerca hay o no hay un cementerio.

José María GIRONELLA

## PARA LA HISTORIA DEL VINO (1)

# UN FONDO DE TESTIMONIOS

DIAS atrás, estuve en Vilafranca del Penedès para unirme al «capítulo general» que celebraba la «Acadèmia Tastavins Sant Humbert» coincidiendo con el XI aniversario de su fundación. Ignoro por qué razones —méritos de mi parte nunca los hubo—, me habían designado miembro «de honor» de la corporación, y, aunque por temperamento y por principios soy bastante reacio a aceptar tales deferencias, la verdad es que me encantó compartir la ocasión de aquella fiesta. Los Tastavins de Sant Humbert no todos son estrictamente «catadores»: La entidad agrupa gente muy diversa, pero, eso sí, vinculada de una manera u otra a la producción vitivinícola de la comarca. Junto a los nombres y las marcas más conocidos en el negocio figuran personas cuyo oficio o beneficio se dispersa en rangos y atenciones diferentes. Y los auténticos «tastavins» entre ellas. Alguien, en un momento determinado, subrayó el detalle de que, pese a los sutiles procedimientos técnicos —mecánicos, diríamos— existentes para valorar la consistencia y la calidad de los caldos, resulta muy halagüeño que todavía se mantenga, como opinión última, el juicio «humano» de un catador experimentado: el de un paladar que sabe distinguir...

Y, como iba contando, los actos se desarrollaron en un clima afable; de firme simpatía. Hubo lo propio de estos casos: la pequeña ceremonia, con su protocolo estipulado, que uno observaba con tierna ironía. Llegué a entender que los «académicos» juran —implícitamente, al menos— no echar agua al vino: operación perversa, desde luego, a la que jamás me presté y ni pienso prestarme. Por este lado, si más no, no creo que me expulsen de la «Acadèmia» de Vilafranca. Cierta es que «de gustibus non est disputandum», y respeto la afición del prójimo sea cual sea, incluyendo esa infancia llamada «sangría», brebaje compuesto por vino, limonada, coñac, rodajas de limón y Dios sabe qué más. El vino, cualquier buen vino, y no es necesario que sea un vino de altos precios, es algo muy importante: siempre. De hecho, el vino es una «forma de cultura» —no hablo ahora de «cultivo»: de «cultura», a la que poesía, las matemáticas, la pintura, la filosofía, la comodidad, la religión, la física atómica, la música...—, y su tergiversación sobrepasa las fronteras de la mera economía. Obsérvese que, entre los Tastavins del Penedès, funciona un claro concepto de la dignidad de sus vinos. Entre ellos y frente al mercado,

Cuando me tocó el turno de agradecer mi inesperada graduación de «académico», hube de excusarme. No soy hombre de discursos. Más aún: me niego a hacerlos. En alguna gacetilla —por ejemplo, en un pie de foto en «La Vanguardia», sin ir más lejos—, se dice que pronuncie no sé qué «canto al vino». La «jornada», teóricamente, era «d'exaltació dels vins catalans». No entraba en mis posibilidades esta especie de gorgorito retórico. Y, por tanto, no me metí en el lío. Las pocas palabras que consideré oportunas en la circunstancia, y que estaban a mi alcance, venían condicionadas por el «plec profesional». Mi mundo es, básicamente, libresco, y, puesto en el caso, sólo podía referirme a él. Así lo hice, con una brevedad que quizá decepcionó a los organizadores del «capítulo general». Pero estoy convencido de que, bien mirado, puse sobre el tapete una oportunidad «erudita» nada desdeñable. Ahora, al recapitular la anécdota, me aferro a la convicción inicial. Se trataba —se trata— de la «historia del vino». Concretamente, de la historia de los vinos catalanes: de los vinos de lo que, para entendernos, llamamos Países Catalanes, en efecto. Pero de otra «historia».

Poco o mucho, y por lo que se refiere al Principado, contamos con un bloque de estudios acerca del pasado vitivinícola local. Son las cuestiones básicas: la de la propiedad, las cosechas, los salarios, los precios, todo eso. Me temo, sin embargo, que no sea suficiente. Las cifras, más o menos seguras, no lo explican todo. Los mismos conflictos de clase —o especialmente los conflictos de clase— han de detectarse en su incidencia concreta a través de documentos que rebasan los límites de cualquier indagación estadística, por muy confiable que sea, y que raramente lo es. De un tiempo a esta parte, el desdén hacia la «pequeña historia» ha adquirido unas proporciones deshonrosas. Lo malo de la «pequeña historia», en todo caso, es su planteamiento trivial, idealista, antidualístico. El clásico papel de Huizinga, titulado «El otoño de la Edad Media», continúa siendo un «complemento» precioso de las novedades archivísticas centradas en los números. Lo diré de otro modo: gracias a éstas, lo de Huizinga consigue un nuevo interés. Un esqueleto sin carne no es un hombre, como tampoco lo sería —hipótesis de pura facecia— la carne sin el esqueleto. Una presunta «historia total» necesita la ayuda de investigaciones sobre «documentos» no económicos —demografía, producción, moneda, etc.—: hay que

buscar otros, otros documentos, que describan el comportamiento del vecindario.

La literatura se ofrece a la maniobra. En la medida en que la literatura «refleja» un estado de una sociedad concreta, sería estúpido olvidarla. ¿Que ninguna literatura ha sido realmente objetiva? De acuerdo. La compensación podría obtenerse de los materiales relacionados con el Derecho Penal. Entre nosotros, una curiosa tentativa de aportar textos es el libro del señor Joaquim Mirat i Sans, «Sempre han tingut bec les oques», de 1905. Echo de menos en la bibliografía indígena esa exposición articulada de testimonios que explican «cómo» era la superficie de la «vida» corriente y moliente, tan rutinaria y a la vez tan polimorfa. El historiador del futuro, que haya de fijar en monografías lo que hoy pasa, dará una imagen inteligible de la sociedad-en-marcha, si se restringe a puntuar los meros movimientos económicos, las pugnas de clase, las guerras, las elecciones. En medio de estos condicionantes —o como se les quiera llamar—, la conducta de la población discurre a su aire. Los archivos sólo de refilón recogen sus modos y maneras. Quizá sólo los penales. La literatura, no necesariamente la mejor, y la mejor, proveerán de informaciones que rondan los esquemas. Y el cine, y la tele, por descontado. Pongamos, pues, nuestra Edad Media: la baja, la que habla romance.

Hace años que, sin una excesiva constancia pero con interés, vengo acopiando datos para elaborar un pequeño libro que pudiera titularse «A la taula i al lit». Ya recuerdan ustedes la venerable paremia: «a la taula i al lit, al primer crit». No harán falta explicaciones. La «taula» abarcaría las referencias a la comida y a la bebida: el «lit», las variantes del lío sexual-familiar. Tenemos a nuestra disposición un precioso fondo de testimonios, una verdadera mina, poco explotado. Empezando por Ramon Llull, siguiendo por Bernat Metge y Anselm Turmeda, por San Vicente Ferrer, y llegando al «Tirant», al «Espill», al «Cançoner satíric» que publicó Miquel i Planas, y aprovechando legajos como los que exhumó el señor Mirat, los recursos documentales son abundantes, explícitos, divertidos. Si añadimos lo otro, la parte empingorotada, del «amor» excelso, con los «cancioneros», y Ausias March, y Jordi de Sant Jordi, y el resto, ¡qué estupendo «Otoño de la Edad Media» local podría confeccionarse! Esperemos que alguien se anime a ello, un día.

Como es de prever, en unos parajes como

los que habitamos, el vino ha sido un gran protagonista de las «costumbres». Entre los deseos biológicos más firmes, la sed, la sed alcohólica, es uno de los más venerables: la leyenda judeocristiana lo coloca en tiempos de Noé, y a través de la Vulgata hemos heredado eslogans publicitarios? muy satisfactorios. «Vinum et musicam laetificant cor hominis...». Noé se emborrachó y enseñó sus vergüenzas: Lot, con una pitima discreta, cometió unos providenciales incestos; Salomón, antes de afilarse al ascetismo sapiencial, no se privó de nada; ¡y los paganos! Los frailes medievales enturbiaron la cosa. Todo ha de decirse: en las «reglas» monásticas clásicas, la de san Benito, por ejemplo, se prescribe que cada monje puede ingerir su medio litro por comida. ¿O el tope era un litro? No lo puedo asegurar, así, a vuelapluma, pero era mucho vino. La reducción a los usos cotidianos, uso y abuso, es un tema jovial e interesante. En Vilafranca del Penedès puse sobre la mesa unas cuantas citas de aquel imponente francor valenciano de Girona que fue Francesc Xirrieménis. Las aprovecharé para un próximo artículo.

Y no me remorderá la conciencia por ocupar un espacio de periódico con un tema que nada tiene que ver con la «política». El atosigamiento «político», ahora frenético, y muy comprensible tras la larga cuaresma sufrida, se acerca a una saturación torva, de agobio y de estupidez. Es lógico que sea como es. Es el precio que pagamos por tanta abstinencia odiosa: la hemos de pagar, paradójicamente, las víctimas. Ante la ebriedad de la palabrería, acollonante —la palabrería viene de Madrid—, uno piensa que la vieja opción del vino y de los agudientes no es de despreciar. «Viva el vino spumeggiante...» Y el clarete de taberna. Y los licores densos. El jesuita Masdeu —exiliado por Carlos III— sostenía en sus doctos mamotreto que el «aguardiente» fue una invención catalana: consecuencia de una destilería nigromántica, un subproducto de la alquimia, que Ramon Llull llevó a cabo... Hoy aguantamos una «vague» de ira médica y administrativa contra el vino y su espíritu. La excusa es evitarnos una cirrosis o un accidente de carretera. El proyecto merece la máxima gratitud. Pero... ¿Qué quieren que les diga! La perspectiva de un Matusalén —y sigue la Biblia— abstemio no es para entusiasmar a nadie. Por lo menos, no a mí.

Joan FUSTER

**ESCUELA ANDERSEN**  
PREESCOLAR - CONTINUIDAD ASEGURADA  
ABIERTA LA MATRICULA

INFORMACION: C. ANGLI, 71 - TORRE  
TELEFONO 247-39-42 - DE 9 A 5  
BARCELONA - 17

### GRAN OCASION

pavimentos cerámicos-artísticos desde 200 a 10.000 ptas. m.2 Azulejos lisos a 1 pta., 1,50 y 2 ptas. unidad. Azulejos esgrafiados de 2,50 a 37 ptas. unidad. Cerámicas para fachadas, portales, galerías, escaleras desde 150 ptas. m.2 MARVEN, Travessera de Las Cortes, 188 (frente Mercado de Las Cortes) BARCELONA, en calle Alhambra, 20, HOSPITALET DE LLOBREGAT y en Avenida de Barcelona, 34, SANTA PERPETUA DE MOGUDA, C. Juan XXIII, núm. 20 al 25 de SAN ADRIAN DE BESOS.

**COLONIES D'ESTIU**  
**ROSA DELS VENTS**  
A FRANÇA I CATALUNYA

per a nens i nenes de 8 a 14 anys  
Circuits mixtes de 14 a 17 anys  
Demaneu-nos informació de 10.30 h. a 13.30 h. al telèfon 316.25.93 i amb molt de gust us complaurem. Amb la col·laboració tècnica d'Atles Expresso. A.V.G.A.-95  
Avda. Porta Angel, 7, 4. art. T. Barcelona - 2